

7 DÍAS DE

oración y reflexión

Basado en la serie:

EL
RETRATO

DEL APRENDIZ

UN ESTUDIO DE LAS BIENAVENTURANZAS

CÓMO USAR ESTA GUÍA

Texto base: Mateo 5:7 | Éxodo 34:6 | Mateo 18:21-35

Predicó: Gabriela Martínez | Semana del 7 al 13 de julio de 2026

"El misericordioso es aquel que se deja interrumpir, se abre al sufrimiento del otro, y hace aquello que está a su alcance para aliviarlo." – Gabriela Martínez

El domingo, Gabriela nos mostró que el retrato del aprendiz llega a un punto de giro. Las primeras cuatro pinceladas hablaban de lo que el aprendiz carece pero recibe por pura gracia —las manos vacías, el llanto, la humildad, el hambre. Ahora el cuadro se profundiza: lo que ese aprendiz, ya saciado por gracia, puede dar al mundo. Y lo primero que da es misericordia. Esta semana vamos a descubrir que la misericordia no es un sentimiento tibio ni un "pobrecito" a distancia. Es dejarse interrumpir, como Jesús se dejó interrumpir una y otra vez; es abrir los ojos a la persona —no solo a su necesidad, sino a su dignidad; y es hacer algo concreto para aliviar su sufrimiento. Vamos a recordar la misericordia que nosotros recibimos —una deuda impagable, perdonada— para que de ahí, y solo de ahí, brote la gracia de extenderla. Porque el que ha sido tratado con misericordia no puede endurecerse. No es una semana para sentir compasión. Es una semana para practicarla.

MISERICORDIA ES QUIEN ÉL ES

Éxodo 34:6 (NTV): "¡Yahvé! ¡El Señor! ¡El Dios de compasión y misericordia! Soy lento para enojarme y estoy lleno de amor inagotable y fidelidad."

Reflexión: Antes de que la misericordia sea algo que hacemos, es algo que Dios es. El domingo Gabriela nos recordó que la misericordia es uno de los atributos centrales del carácter de Dios. En el Antiguo Testamento, dos palabras hebreas cargan este peso. Una es hesed: amor compasivo, fidelidad eterna, lo que ocurre cuando alguien con poder atiende la necesidad de otro por la relación que los une. La otra es rahum, una palabra íntimamente ligada al vientre de una madre —esa emoción visceral que una madre siente por su hijo vulnerable. Y fíjate dónde aparecen juntas: en Éxodo 34, cuando Dios despliega su gloria ante Moisés y se describe a sí mismo. "El Señor es misericordioso (rahum) y clemente, lleno de amor inagotable (hesed)." Cuando Dios tuvo la oportunidad de definirse con cualquier palabra del universo, escogió la misericordia. Por eso tiene todo el sentido que Jesús, Dios encarnado, traiga esta cualidad al retrato del aprendiz. La misericordia que se te pide esta semana no nace de ti. Nace de Aquel que la lleva grabada en su nombre. Antes de extenderla, contéplala en Él.

Pregunta: Cuando piensas en Dios, ¿lo imaginas primero como misericordioso, o como algo más (estricto, distante, exigente)? ¿Qué cambiaría en tu semana si de verdad creyeras que "misericordioso" es de las primeras palabras con que Él se describe?

Oración: Señor, tú te revelaste a Moisés no como el severo ni el distante, sino como el Dios de compasión y misericordia, lento para la ira, lleno de amor inagotable. Antes de pedirme que yo sea misericordioso, déjame contemplar cuánto lo eres tú conmigo. Que tu misericordia sea el suelo donde nazca la mía. Amén.

JESÚS SE DEJA INTERRUMPIR

Mateo 9:27-30 (NTV): "...dos hombres ciegos... gritando: «¡Hijo de David, ten compasión de nosotros!»... Jesús les tocó los ojos y dijo: «Debido a su fe, así se hará». Entonces sus ojos se abrieron."

Reflexión: Gabriela hizo algo hermoso el domingo: buscó cada vez que esta palabra —misericordia— aparece en el Evangelio de Mateo, para entender qué nos quería comunicar Jesús. Y encontró algo revelador. En cuatro de las cinco ocasiones, la misericordia empieza con una interrupción. Jesús va de pasada, se dirige a hacer otra cosa, y alguien en profunda necesidad lo interrumpe. Dos ciegos gritan: "¡Hijo de David, ten misericordia!" Y fíjate lo que Jesús no hace: no los ignora, no acelera el paso, no delega. Se detiene. Interactúa con ellos. Les pregunta si creen que puede hacerlo. Y ante su sí, les abre los ojos. Aquí está la primera lección de la semana: Jesús magistralmente se deja interrumpir. Nosotros vivimos con la agenda apretada, corriendo de una cosa a la otra, y las interrupciones nos molestan —son lo que se atraviesa entre nosotros y lo que "de verdad" tenemos que hacer. Pero para Jesús, la interrupción no era el obstáculo al ministerio. Muchas veces era el ministerio. La misericordia empieza cuando dejas de proteger mi agenda lo suficiente como para ver al que se atraviesa en mi camino.

Pregunta: ¿Qué "interrupciones" has estado tratando como estorbos esta semana —una llamada, un mensaje, una persona necesitada en el momento inconveniente? ¿Y si alguna de ellas fuera precisamente donde Dios te está invitando a la misericordia?

Oración: Señor Jesús, tú te dejabas interrumpir. Yo protejo mi agenda como si fuera sagrada y me molesto cuando alguien se atraviesa. Perdóname. Esta semana, dame ojos para ver la interrupción no como estorbo, sino como invitación. Ayúdame a detenerme, como tú te detenías, por el que grita en necesidad. Amén.

MISERICORDIA PARA LOS DESCONTADOS

Mateo 15:22-28 (NTV): *"Una mujer de los gentiles... vino a él y le rogó: «¡Ten misericordia de mí, oh Señor, Hijo de David!»... «Querida mujer –dijo Jesús–, tu fe es grande. Se te concede lo que pides». Y al instante la hija sanó."*

Reflexión: La segunda historia ocurre fuera de la tierra de los judíos, en la región gentil de Tiro y Sidón. La protagonista es una madre cananea en profunda desesperación, que día y noche vio a su hija atormentada. Su desesperación la lleva a cruzar los límites de lo culturalmente aceptado: se acerca al Rabino y le ruega misericordia. Sus gritos incomodan a los discípulos –querían que la despacharan. Pero Jesús la ve. Y de ahí sale uno de los intercambios más hermosos de los Evangelios: Jesús reconoce que esta mujer, que en el libro de muchos no cumple las credenciales ni las cualidades necesarias, en el libro de Jesús tiene una fe de grandes ligas. Y conforme a su petición, su hija es sanada. Aquí está la segunda lección: la misericordia de Jesús no es solo para los que parecería que la merecen. También para los descontados, para los previamente excluidos, para los que la cultura ya había mandado al margen. Nosotros tendemos a racionar la misericordia –la damos a los que nos caen bien, a los de nuestro grupo, a los que "se lo merecen". Jesús la extiende justo donde nadie la esperaba. La pregunta incómoda de hoy: ¿a quién has estado excluyendo de tu misericordia porque, en tu libro, no cumple las credenciales?

Pregunta: ¿Hay alguien –por su historia, su grupo, su reputación, algo que hizo– a quien tu corazón ha marcado como "no merecedor" de tu misericordia? ¿Qué pasaría si lo miraras como Jesús miró a la cananea?

Oración: Señor, confieso que raciono mi misericordia. La doy fácil a los míos y la niego a los que, en mi libro, no la merecen. Pero tú sanaste a la hija de una mujer que todos querían despachar. Rompe en mí ese libro de credenciales. Enséñame a extender misericordia justo donde nadie la espera, como tú lo hiciste. Amén.

VER Y HACER

Mateo 9:36 (NTV): *"Cuando vio a las multitudes, les tuvo compasión, porque estaban confundidas y desamparadas, como ovejas sin pastor."*

Reflexión: Entonces, ¿en qué consiste la misericordia? Gabriela nos dio una definición en dos partes, y ninguna se puede quedar sin la otra. La primera parte es apertura. Misericordia es la disposición a abrirse al sufrimiento del prójimo. Pero fíjate cómo Jesús se abría: no veía solo una necesidad, veía a una persona con dignidad. Hablaba con ellos. No iba directo a la solución —primero miraba a la persona, la dignificaba con su conversación. Al ciego no lo trató como un problema que resolver; lo trató como un hombre a quien escuchar antes de sanar. Y aquí está la segunda parte, sin la cual la primera es incompleta: la misericordia siempre envuelve acción. Los Evangelios nunca nos presentan a Jesús sintiendo misericordia pero sin hacer nada. Una y otra vez responde con una obra tangible que busca aliviar el sufrimiento. Sentir compasión sin actuar no es misericordia bíblica —es apenas emoción. Y actuar sin ver a la persona, sin dignificarla, corre el riesgo de ser asistencia fría. La misericordia de Jesús es las dos cosas juntas: ver a la persona en su dignidad, y hacer algo concreto por su necesidad.

Pregunta: De las dos partes de la misericordia —abrirse a ver a la persona con dignidad, y actuar concretamente— ¿cuál te cuesta más? ¿Eres del que siente pero no actúa, o del que "resuelve" sin de verdad ver a la persona?

Oración: Jesús, tú no veías problemas que resolver, veías personas que dignificar. Y nunca te quedaste solo en el sentimiento: siempre actuaste. Sáname de las dos mitades incompletas —la compasión que no hace nada y la ayuda que no ve al otro. Enséñame a mirar con dignidad y a actuar con las manos. Amén.

EL SIERVO QUE OLVIDÓ

Mateo 18:32-33 (NTV): "«¡Siervo malvado! —le dijo—. Te perdoné esa tremenda deuda porque me lo rogaste. ¿No deberías haber tenido compasión de tu compañero, así como yo tuve compasión de ti?»"

Reflexión: Jesús no solo encarnó la misericordia; también la enseñó, y le trajo otra dimensión. En Mateo 18 cuenta la parábola de un rey que decide poner al día las cuentas con sus siervos. Uno le debía millones —una deuda impagable. El hombre cae de rodillas y suplica paciencia, y el rey, movido por la misericordia, hace algo que nadie pidió: no le da un plan de pagos, le perdona toda la deuda. Hubiera sido un final hermoso. Pero la parábola no termina ahí. Ese mismo siervo, recién perdonado, sale y encuentra a un compañero que le debe una fracción minúscula. Lo agarra por el cuello y le exige que pague. El compañero le ruega con las mismas palabras que él acababa de usar —"ten paciencia conmigo"— pero el siervo perdonado no está dispuesto a esperar. Lo manda a la cárcel. El contraste es absurdo a propósito: Gabriela nos mostró que Jesús puso estos dos eventos uno al lado del otro para exponer algo. Aquel que recibió una misericordia inmensa no se abrió al sufrimiento del otro; se enfocó en lo suyo, en sus prioridades, en su necesidad, y actuó desde ahí. Y la pregunta del rey nos persigue toda la semana: "¿No deberías haber tenido misericordia de tu compañero, así como yo la tuve de ti?" La misericordia que recibimos no es solo un regalo. Es un mandato a extenderla.

Pregunta: ¿Dónde estás actuando como el siervo perdonado —exigiendo de otros una cuenta pequeña, cuando a ti te perdonaron una impagable? ¿A quién estás agarrando "por el cuello" por una deuda mínima?

EL SIERVO QUE OLVIDÓ

(continuación)

Oración: Rey misericordioso, tú me perdonaste una deuda que jamás podría pagar. Y sin embargo me descubro exigiéndoles a otros cuentas pequeñas, endureciéndome, cobrando lo mío. Perdóname. Que nunca olvide el tamaño de lo que me perdonaste. Y que esa memoria me haga incapaz de negarle misericordia a mi hermano. Amén.

EL CICLO DE LA MISERICORDIA

Efesios 4:32 (NTV): *"Por el contrario, sean amables entre ustedes, sean de buen corazón, y perdónense unos a otros, tal como Dios los ha perdonado a ustedes por medio de Cristo."*

Reflexión: La parábola del siervo malvado es un espejo del mundo. Gabriela nos mostró que el mundo opera de dos maneras frente al sufrimiento ajeno, y las dos aparecen en esa historia. A veces el mundo es frío: indiferente, ciego a la necesidad del otro, endurecido, ignorando al que sufre ante sus narices. Y a veces el mundo es agresivo: pone su necesidad por encima de la del otro, y hasta se lleva al otro enredado para obtener lo que quiere. El mundo busca retribución, salirse con la suya, que le paguen lo suyo. Pero Jesús dice: no debe ser así entre ustedes. Dichosos los misericordiosos. Y aquí está el corazón de todo, familia: tienen misericordia precisamente porque saben que fueron tratados con misericordia. Saben que Jesús se acercó a nuestro sufrimiento al punto de encarnarse y habitar entre nosotros. Que vio nuestra necesidad más profunda —estar separados de Dios— y no solo se compadeció, sino que actuó, supliéndola con el acto más grande de entrega: la cruz. Él perdonó nuestra deuda cuando le debíamos todo. Por eso la misericordia se vuelve un ciclo: el que la recibe la extiende, confrontando el ciclo de violencia y egoísmo del mundo. No nos endurecemos, no buscamos lo nuestro; nos abrimos al sufrimiento de los demás y hacemos lo que esté a nuestro alcance para aliviarlo. Perdonamos como fuimos perdonados.

Pregunta: De las dos respuestas del mundo —la frialdad indiferente y la agresividad que cobra lo suyo— ¿cuál se te da más fácil? ¿Cómo rompe el recordar la cruz ese patrón en ti esta semana?

Oración: Señor, el mundo me enseñó a ser frío o a ser agresivo —a ignorar al que sufre o a cobrar lo mío por encima de él. Pero tú perdonaste mi deuda cuando lo debía todo. Rompe en mí el ciclo del mundo. Que por haber recibido misericordia, no pueda hacer otra cosa que extenderla. Perdóname como me perdonaste, para que yo perdone.
Amén.

UNA FORMA DE VIVIR

Mateo 5:7 (NTV): *"Dios bendice a los compasivos, porque serán tratados con compasión."*

Reflexión: Cerramos donde empezó Gabriela: ¿quiénes son los del Reino? ¿Cómo se ven los aprendices de Jesús? La respuesta de esta bienaventuranza es concreta: son los que, por el poder del Espíritu, están dispuestos a adentrarse en el sufrimiento humano y responder con actos que suplen la necesidad. Ven, van, acompañan, alimentan, curan, perdonan. Gabriela nos dio rostros muy de aquí: los misericordiosos son esos que, al recibir una llamada de dolor de un hermano, cancelan sus planes para acompañarle en su tristeza. Esos que dejan de comprarse algo para ayudar a pagar la factura de Luma que amenaza con dejar a una señora mayor sin electricidad. Esos que, habiendo sido ofendidos, heridos, ultrajados, escogen decir que sí a la invitación, extienden un abrazo y perdonan. Ciertamente bienaventurados, porque tienen la certeza de que ellos mismos recibirán misericordia —de nada menos que Aquel que se revela una y otra vez como el misericordioso y compasivo, lleno de amor inagotable. Esta semana probaste una práctica sencilla y peligrosa: le pediste a Dios que te revelara una persona específica, que te abriera los ojos a su necesidad, y que te guiara a un gesto concreto. Y lo hiciste. Que eso no termine el domingo. Que la misericordia recibida se quede en ti como una forma de vivir.

Pregunta: Al cerrar la semana: ¿a qué persona específica te abrió los ojos Dios, y qué gesto concreto de misericordia diste (o todavía necesitas dar)? ¿Cómo haces que esto no sea un ejercicio de una semana, sino una forma de vivir?

UNA FORMA DE VIVIR

(continuación)

Oración: Padre misericordioso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor inagotable: gracias por la misericordia que has derramado sobre mí. Abre mis ojos a la persona que pones delante. Guíame a un gesto concreto, y dame el valor de hacerlo. Que la misericordia que recibí no se quede en mí, sino que se desborde. Hazme, por tu Espíritu, un aprendiz misericordioso. Amén.

ESTA SEMANA

Escoge UNA de estas tres prácticas y vívela durante los próximos seis días:

RECONOCER

Cada día, antes de pedir nada, recuerda una misericordia concreta que Dios te dio —un perdón, un rescate, una segunda oportunidad. Deja que esa memoria ablande tu corazón antes de salir al día.

COMPARTIR

Escoge a una persona de confianza y cuéntale a quién te está guiando Dios a mostrar misericordia esta semana. Pídele que ore por ti y que te pregunte, más adelante, si diste el gesto.

BUSCAR

La práctica de la semana: pídele a Dios que te revele una persona específica, que te abra los ojos a su necesidad, y que te guíe a un gesto concreto de misericordia. Y hazlo —no lo dejes solo en la intención.
